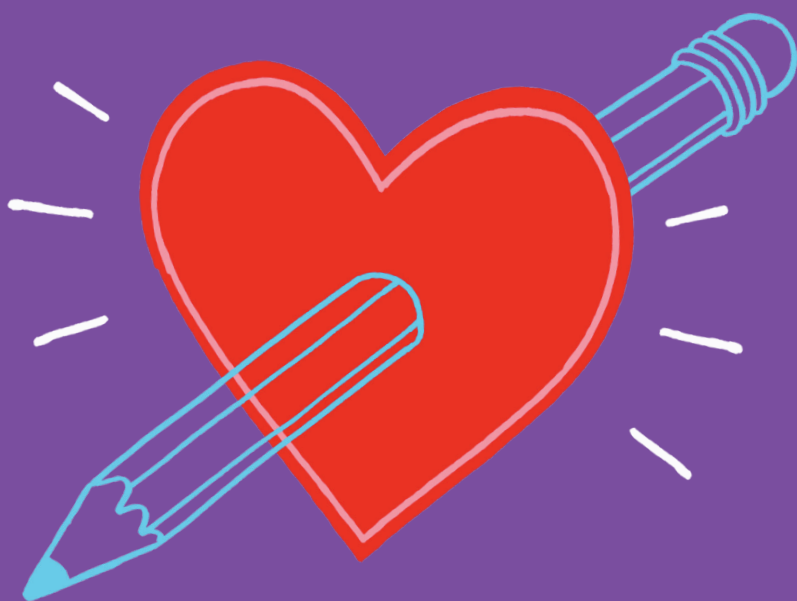
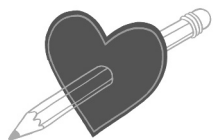


BLUE JEANS



TENGO UN SECRETO
EL DIARIO
DE MERI

Blue Jeans



TENGO UN SECRETO

El diario de Meri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de interior: © Anastasiya Zalevska / Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2014

Depósito legal: B. 22.316-2014

ISBN: 978-84-08-13349-0

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO I

Empezamos de nuevo. Vuelta a la rutina. Quería dejarlo todo zanjado antes de regresar a las clases, pero fue imposible. No me atreví. No fui capaz de decirle que ya no era como antes. Que la seguía queriendo, pero no de la forma en la que se quiere a alguien a quien amas con los cinco sentidos. ¿Por qué era tan cobarde?

—¡Hola, pelirrojita!

Cuando sentí sus labios en los míos confirmé una vez más lo que ya sabía. El amor, ese amor de hormigueo en el estómago y tembleque de rodillas, se había esfumado. Ya no estaba ahí. ¿De quién era la culpa? ¿De ella? ¿Mía? Posiblemente, de ninguna de las dos. Son cosas que pasan a diario. Cosas que ocurren a muchas personas. Sientes y dejas de sentir. Ya está, sin más explicaciones. Y es que nadie controla lo que su corazón decide.

—Hola, guapa. ¿Cómo has dormido? —le pregunté a Paloma, como si no pasara nada.

—No he pegado ojo en toda la noche. Estaba muy nerviosa.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—¡Una no cambia de instituto todos los días! —gritó ella abrazándome y apoyando su cabeza en mi hombro—. ¡Y menos si ese cambio es al instituto en el que estudia tu novia!

Novia. Seguíamos siendo novias. Nadie había dicho hasta ese momento lo contrario. Ni había indicios ni pistas de que fuera a ser diferente.

—¡Ey! ¡Chicas! ¿Cómo estáis?

La voz de Ester llegó a nuestra espalda con la alegría de siempre. Cuando nos giramos la vimos más bronceada que nunca, preciosa, con su flequillo en forma de cortinilla tapando su frente morena. Arrugaba la nariz al sonreír. Durante el último mes no nos habíamos visto demasiado. Ella lo había pasado en casa de sus abuelos en algún lugar de la Costa del Sol y yo entre Madrid y Barcelona. Al menos, las dos habíamos logrado aprobar las asignaturas que suspendimos en junio. También Raúl y Valeria lo habían logrado. Y un año más los Incomprendidos compartíamos curso: el último curso antes del paso a la universidad.

—¡Muy contenta de estudiar en el mismo sitio que vosotros! —exclamó Paloma lanzándose sobre ella y abrazándola cariñosamente—. ¡Va a ser un año increíble!

Aunque no íbamos a compartir clase, porque tie-

ne un año menos, Paloma finalmente convenció a sus padres para matricularse en nuestro centro. Tras insistirles hasta la saciedad, su deseo le fue concedido. También el mío, si retrocedíamos unas cuantas semanas. Pero ahora... Ahora tenerla tan cerca no parecía lo más conveniente. No iba a ser sencillo verla tanto, a todas horas, sin explicarle lo que sucedía. Aunque si se lo contaba sería peor.

Me sentía mal, pero tenía que decirle lo que sentía.

—Me alegro de verte tan contenta.

—¿Cómo no iba a estarlo? ¡Es un sueño hecho realidad!

Que yo convertiría en pesadilla si le hablaba de mis sentimientos hacia ella. De ese cambio que había experimentado en las últimas semanas.

Otra vez sentí su boca rozar la mía ante la atenta mirada de Ester, que sonreía de oreja a oreja.

—¡Qué bonito es el amor! —exclamó ella suspirando—. Ya me gustaría a mí encontrar algo tan increíble como lo que tenéis vosotras.

—Tú podrías estar con el tío que quisieras y tener la más maravillosa historia de amor del mundo.

—No es tan sencillo, Paloma.

—Claro que lo es. Lo único que debes hacer es darle una oportunidad a...

En ese momento, un chico no demasiado alto, vestido con una sudadera roja y unos pantalones cortos vaqueros azules, llegó hasta nosotras. Él no

había ido a la playa en todo el verano y estaba blanquito como un vaso de leche. Bruno se había cortado el pelo de una manera peculiar, acumulando gran parte del flequillo en la zona izquierda de su frente. Estaba raro, aunque seguía siendo el mismo Bruno de siempre.

—¡Corradini! —chilló mi novia en cuanto lo vio. Y estuvieron abrazados casi medio minuto.

Durante los meses de verano, Paloma y Bruno se habían hecho muy buenos amigos. Sobre todo gracias a las largas conversaciones de WhatsApp entre ambos. Ella me decía que la comprendía. Que sabía qué decir para hacerle sentir mejor. Poco a poco, sus problemas habían ido desapareciendo. Y eso me hacía respirar tranquila porque todos lo pasamos muy mal cuando descubrimos que se autolesionaba. Por ese motivo, tenía miedo de revelarle la verdad. ¿Y si recaía? Nunca me lo perdonaría. Las sensaciones hacia ella eran diferentes, pero le seguía teniendo un gran cariño. Pero era un cariño diferente; mi amor había cambiado.

La vida te lleva por caminos insospechados.

—¿Cómo estáis, chicas? —preguntó Bruno tímidamente.

—Bien. ¿Y tú? ¿Te funciona ya el móvil?

—No ha dejado nunca de funcionar, Ester.

—Ah. Como no respondes mis mensajes...

—No me ha llegado ningún mensaje tuyo.

—Ya.

La tensión entre los dos se podía cortar con un cuchillo. ¿Motivo? Un guaperas peinado como Harry Styles, de los One Direction. Samuel, Sam como él se hace llamar, se había cruzado de nuevo en el camino de Ester. Fue en agosto, en la playa. Ella estaba tumbada en la arena leyendo *Bajo la misma estrella* y justo a su lado se sentó un tío que le resultaba familiar. Pronto se descubrieron el uno al otro y lo que comenzó siendo un simple tonto acabó por convertirse en un rollo de verano. Evidentemente, esto a Bruno no le hizo ninguna gracia cuando se enteró. Porque todos sabemos lo que él sigue sintiendo por Ester... Aunque lo niegue rotundamente.

Lo de esos dos parece la historia interminable.

—No discutáis, chicos —dijo entristecida Paloma abrazándome por la cintura—. ¡Celebremos el primer día de curso con una sonrisa!

A pesar de que ninguno de los dos sonrió más, las aguas se calmaron y Bruno y Ester no volvieron a dirigirse la palabra.

Paloma y yo nos despedimos antes de entrar en clase. Me ruboricé cuando me besó delante de mis compañeros de segundo de bachillerato. Quizá alguno se enteró por fin de mi homosexualidad tras aquel beso. Me di cuenta de la cara de sorpresa de varios de ellos y de la sonrisilla pícaro de otros. Sinceramente, me daba lo mismo lo que pensarán. Tenía otras cosas más importantes de las que preocuparme.

—¡Chicos, aquí! —gritó al vernos una joven alegremente haciendo aspavientos desde la última fila de asientos de la clase.

Valeria estaba muy cambiada tras el verano. Con los nervios de lo sucedido en aquella estación, había adelgazado bastante y había decidido teñirse el cabello de rubio, que le había crecido casi hasta el final de la espalda. Raúl a su lado también hacía gestos para que acudiéramos hasta ellos. Nos habían guardado tres mesas en la esquina de la parte derecha del aula.

Sonreían felices. Los dos seguían formando esa pareja perfecta que da la impresión de que será para siempre. Ambos se habían tenido que esforzar mucho para aprobarlo todo y pasar de curso. Sacrificaron el verano, sin playa, sin piscina, con muchas horas en la casa de uno y de otro frente a los libros. Hincaron los codos y estudiaron como nunca antes lo habían hecho. Y tanta entrega, tanto empeño tuvo su merecida recompensa.

—Otro añito más, pelirroja —señaló Raúl tras darme dos besos en la mejilla.

—El último.

—Sí, el último. Esto se acaba.

Al pronunciar aquellas palabras me hizo recordar todo lo que habíamos pasado en aquellos años juntos. Como si estuviera viendo una película de momentos importantes de nuestra estancia en el instituto. Habíamos vivido tantas cosas. De todo

tipo, alegrías y penas. De alguna manera, sentía nostalgia por el pasado. Por aquellos años en los que éramos más que un simple grupo de amigos.

—Bueno, chicos. Intentemos que éste sea un gran curso. Un gran último curso —intervino Val. Y a continuación sacó algo de debajo de la mesa que nos sorprendió al resto.

—No me lo puedo creer. ¿Te la han comprado?

—¡Sí! ¡Por fin!

Lo que mi amiga sostenía entre sus manos era un casco de moto blanco, adornado con un corazón alado.

—Ahora ya no tendré que venir andando —bromeó Raúl, arrebatándole el casco a su novia.

—¡Eh, tú! ¡Que la moto es mía!

—Pero la compartiremos. ¿Verdad?

La mirada de uno se perdió en la del otro. Como si sólo existiesen ellos dos en aquella aula ya repleta de estudiantes vociferantes. Valeria suspiró, asintió y se dieron un beso en los labios.

—Iros a un motel —protestó Bruno, apartando la mirada de ellos y sacando un cuaderno de su mochila.

Me encantaba ver a Val y a Raúl tan felices. No lo habían pasado nada bien y que continuaran juntos tras los innumerables giros del destino era la prueba de que se querían mucho. Se querían de verdad. En cierta manera, sentía un poquito de envidia. Yo había tenido algo parecido con Paloma hasta hacía unas semanas y no había sabido conservarlo. Me daba ra-

bia y sentía algo de impotencia. Ella no se merecía a alguien como yo, sino a alguien mucho mejor.

—¿Estás bien, Meri? —me preguntó Ester, en voz baja, inclinándose sobre mí.

—Sí —respondí seca.

—¿De verdad? Te noto rara.

—No es nada, en serio.

—¿No es nada? Eso significa que hay algo.

—Bueno...

—¿Qué pasa? Sabes que puedes confiar en mí. Cuéntamelo.

—Yo...

La insistencia de mi amiga me hizo dudar. Quizá si le decía lo que pasaba podría desahogarme y ver las cosas de otra manera.

—¡Buenos días, alumnos! ¿Cómo han pasado el verano? El mío ha sido horrible. No hay quien soporte el Caribe —ironizó el profesor de matemáticas, mientras dejaba una carpeta amarilla sobre la mesa.

La confesión a Ester tendría que esperar a un momento más adecuado. La clase comenzaba. Aunque antes sucedió algo que no me podía haber imaginado jamás. Algo que me costó varios segundos asimilar. Una despampanante chica morena con un vestido blanco inmaculado entró por la puerta del aula. La conocía. Sabía de quién se trataba. Ella me miró a los ojos y sonrió. También sabía perfectamente quién era yo. ¿Cómo no iba a saberlo después de aquel día?